

Alice Walker: una voz que denuncia la mutilación genital femenina como ejemplo de literatura comprometida.

Alice Walker, escritora afroamericana cuya obra *El Color Púrpura* ganó el premio Pulitzer en 1983 y fue llevada más tarde al cine, ha unido su poderosa voz al clamor internacional que en los últimos años exige que centremos nuestra atención en una práctica vista por muchos como el colmo de la dominación masculina —la mutilación genital femenina.¹ Esta cruel tradición se lleva a cabo de varias maneras, unas más drásticas que otras, pero en su totalidad afecta hoy a más de cien millones de niñas y mujeres en el mundo, y sus traumáticos efectos dejan secuelas físicas, psíquicas y emocionales. Las raíces de esta práctica se pierden en los albores de la historia (algunos estudios indican que se practica desde hace 7.000 años), pero su erradicación actual se dificulta por consideraciones religiosas, culturales, tradicionales y sociales. El camino hacia el entendimiento en esta dolorosa cuestión está lleno de complejidades, sutilezas, miedos, verdades a medias e ignorancia. Alice Walker intenta negociar todos los obstáculos en dos polémicas obras recientes, y lo hace con gran habilidad y sensibilidad, aunque se podría decir que su mayor mérito es la enorme valentía que muestra al hacerlo públicamente.

Walker supo de la práctica de la mutilación sexual de las mujeres hace más de un cuarto de siglo, y necesitó de todo este tiempo para digerir todas las connotaciones asociadas a este rito y poder enfrentarse a ello (*Warrior*, 269). La pri-

* Licenciada en Letras Hispánicas, Clarian University of Pennsylvania y en Filología Inglesa, Universitat Jaume I.

¹ Se utiliza en este artículo la expresión «mutilación genital femenina» por dos razones. Es el término que predomina en la obra de Walker, pero además, esta designación es recomendada por la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en su Informe del Seminario de las Naciones Unidas sobre las *Prácticas Tradicionales que Afectan a la Salud de la Mujer y del Niño* (Burkina Faso, 12 June 1991) que se cita a continuación:

5. Recomendación especial.

El Seminario observó que la terminología utilizada hasta ahora a nivel internacional para describir las operaciones que se hacen sobre los órganos genitales femeninos, como circuncisión o infibulación, no reflejan la gravedad de tales prácticas. Se propone, por lo tanto, que, según lo acordado en la conferencia regional del Comité Interafricano sobre Prácticas Tradicionales que Afectan a la Salud de la Mujer y del Niño en África, celebrada en Addis Ababa en noviembre de 1990, se debe utilizar la expresión «mutilación genital femenina» en el futuro (pág. 32, traducido por la autora).

Sin embargo, como el término «infibulación» denota un tipo específico de mutilación, se utiliza aquí para referirse únicamente a esa clase de operación.

mera vez que aparece en sus obras es en *El Color Púrpura*. Tashi, un personaje muy secundario en la novela, se resigna a someterse a la ceremonia de iniciación femenina para demostrar su fidelidad a las tradiciones de su pueblo. Pero según la autora:

Tashi, que aparece brevemente en *El Color Púrpura* y otra vez en *El templo de mis amigos*, se quedó junto a mí, extraordinariamente tenaz, y me convenció finalmente de que necesitaba, que merecía, su propio libro. (*Possessing*, 282)²

Así Tashi se convierte en el personaje central de “su” obra, donde ahora busca activamente la mutilación para reafirmar su propia identidad personal y cultural. Ella es novia del hijo de unos misioneros afroamericanos, y esta situación provoca en parte su decisión. Pero es quizás más decisivo el ambiente de rechazo al colonialismo cultural, y en este sentido, su actuación representa la de una parte de mujeres africanas hoy. En la novela, Tashi, junto a su marido, su hijo y otros seres queridos, explora dolorosamente la experiencia y su propio quebranto psicológico motivado por ella. Tal fue el sentimiento de deber y compromiso de Walker con el tema que incluso antes de publicar la novela en 1992, ella había contactado con Pratibha Parmar, una mujer afroindia, residente en Londres, que dirige y produce documentales sobre las cuestiones feministas de minorías étnicas. Las dos mujeres produjeron el documental sobre el «cegar»³ sexual de las mujeres, y el libro del mismo subtítulo –un diario que recoge los pensamientos y experiencias de las mujeres mientras filmaban el documental– apareció un año más tarde.

De las dos obras, sólo la novela *Possessing the Secret of Joy* (Poseer el secreto de la felicidad) se he editado en España, con el título *En posesión del secreto de la alegría*. La otra *Warrior Marks: Female Genital Mutilation and the Sexual Blinding of Women* (Marcas de guerrera: La mutilación genital femenina y el cegar sexual de las mujeres) está todavía sin traducir.

En la novela, Walker explora la cuestión mediante un entretrejo de temas que, desgraciadamente están más allá de la extensión de este artículo. Pero no se esconde el tema central de la obra, y los problemas que rodean y se relacionan con la mutilación genital femenina son valientemente tratados en la obra. Aunque el tema es sumamente delicado, y por tanto, según el *Times Literary Supplement*, «las convenciones de la ficción no pueden contenerlo» (9 Oct. 1992), es sin duda una novela, y como tal, cuenta con técnicas y mecanismos literarios. El formato es similar al que se utiliza en *El Color Púrpura*, aunque en lugar de cartas

² Todas las citas son traducciones de la autora de este artículo.

³ El término «sexual blinding» utilizado por Walker en sus obras se ha respetado en este artículo con una traducción literal. Este «cegar» es importante por las connotaciones implícitas en el término además de la relación que la autora establece entre estas mujeres y ella misma, cegada de un ojo en un accidente en su infancia.

de los distintos personajes, en esta obra los diferentes capítulos son narraciones en primera persona, ofreciéndonos así la riqueza de las distintas perspectivas de los diferentes personajes. La novela se estructura mediante bloques aparentemente inconexos que utilizan *flashbacks* y *foreshadowings* para relatar el pasado y presente de Tashi. Al mismo tiempo, hay cierta riqueza de simbolismo. Un ejemplo es el sueño repetitivo de Tashi en el que se ve atrapada en una torre de termitas. Su sueño se relaciona con un mito popular africano sobre la creación que pudo haber sido el origen del rito de la iniciación femenina (*Possessing*, 159-60); un dios celoso que desea limitar la sexualidad humana, cortándole a la mujer lo que puede parecer masculino, o que pueda competir con la sexualidad masculina, obligando así a cada uno a limitarse a una sexualidad única.

[...] al hombre se le practica la circuncisión para quitarle su feminidad, a la mujer se le extirpa el clítoris para quitarle su masculinidad. En otras palabras [...] hace muchísimo tiempo el hombre consideró necesario encerrar a la gente en la categoría de su sexo obvio, aunque al mismo tiempo reconocía la dualidad sexual como un hecho de la naturaleza. (*Possessing*, 172)

De manera similar, el gallo se convierte en el símbolo del miedo de Tashi y de su propia determinación de enfrentarse a su memoria, y el ave juega un papel crucial en su proceso de curación psicológica. El significado del gallo en la ceremonia de mutilación y la lucha de Tashi se hacen evidentes en el desarrollo de la novela. Durante su terapia, cuando finalmente se enfrenta a su dolor físico y psicológico, Tashi sucumbe a una especie de catarsis en la que pinta frenéticamente gallos cada vez más grandes. El gallo es la clave del recuerdo subconsciente de la crisis (olvidada en su infancia) que sufrió cuando su hermana mayor murió a causa del rito de iniciación.

El lenguaje es poderoso, preciso y profundo. Tashi tiene una cicatriz en la comisura de la boca con «la forma de un plátano en miniatura, o como la luna cuando es nueva» (*Possessing*, 10). Mientras camina detrás de su madre, Tashi estudia «la corteza blanca» (*Possessing*, 16) de sus talones. Se retrata la solidaridad de las feministas occidentales con las mujeres africanas en las siguientes palabras:

Pero aquellas de nosotras cuyos cinturones de castidad fueron hechos de cuero, o de seda y diamantes, o de miedo, y no de nuestra propia piel ... nos preocupamos. Somos el público perfecto, hipnotizadas por nuestro conocimiento inconsciente de lo que los hombres, con la colaboración de nuestras madres, nos hacen. (*Possessing*, 137-8)

Al mismo tiempo, la tradición oral dentro de la literatura negra tiene un papel importante en la novela, como en muchas de las obras de Walker, y ella reconoce su deuda con esta corriente. Además su deseo de filmar el documental responde en parte a esta tradición oral, asistida y llevada a una mayor audiencia gracias a la tecnología:

Siempre pienso en la gente que no lee, que no sabe leer, pero que pueden establecer una conexión con lo visual. Esto es porque yo misma vengo de una cultura donde no todo el mundo lee, y de una familia donde no todos leen, así que las películas son muy importantes. (*Warrior*, 281)

Pero en *Possessing*, la riqueza de cuentos y fantasías de Tashi sirve otro fin, ya que son para ella una forma de escaparse, de evadirse. Dice Tashi:

Si me encuentro muy allá con una historia increíble, imaginándola y contándola, entonces puedo suponer que algo terrible ha sucedido, y no aguanto pensar en ello. (*Possessing*, 130)

Su necesidad de evadirse reside en el profundo dolor subyacente en su propia existencia, además de una costumbre adquirida a lo largo de su infancia de negar la existencia del rito. La muerte de su hermana es silenciada y sus mayores no le permiten a la niña expresar su aflicción delante del pueblo ni los misioneros. Este silencio preocupa profundamente a Walker, y uno de los motivos que le llevó a madurar el tema durante veinticinco años fue éste:

Entender lo que significa para todos nosotros en el mundo, que se pueda silenciar el dolor de millones de mujeres, durante quizás más de 6.000 años. He hablado sobre esto en muchos países, e incluso en África la gente se pone de pie y dicen, «Yo nunca he oído hablar de esto. ¿Estás segura de que esto ocurre?» Y estamos hablando literalmente de algo que se ha hecho a la madre de esa persona, a la tía de esa persona, a la hermana de esa persona, a la hija de esa persona, y ellos no saben nada. Es increíble. (*Warrior*, 269)

Pero además de aliviar este silencio, las historias de Tashi le ayudan a reflejar sus miedos y dudas con sutiles cuentos de doble sentido. El primero de estos empieza en la segunda línea de la novela, después de empezar con «No me di cuenta durante mucho tiempo que yo estaba muerta. Y eso me recuerda una historia». La bella historia que relata a continuación narra brevemente las experiencias de una pantera, y en ella se exponen disfrazadas críticas de la tradición, la poligamia y los celos, mientras defiende el amor y la estima de uno mismo.

Pero el peso principal de la novela es una poderosa e inolvidable denuncia de la mutilación genital femenina y todas las cuestiones relacionadas con esta práctica. Y son múltiples las consecuencias y problemas asociados.

Como feminista, o como se define Walker, «mujerista»,⁴ ella dedica mucha atención al significado del rito como prueba del dominio del hombre sobre la mujer, como también la evidencia de la sumisión total de la mujer. Lo asocia

⁴ Traducción de «womanist», término inglés para una feminista negra, y por lo tanto, consciente de las diferencias entre las cuestiones de feministas blancas y negras.

con el velo en países musulmanes, con la prohibición de la presencia de las mujeres en las mezquitas e incluso, con la actitud general hacia las mujeres, como con la propia imagen que tienen las mujeres de sí mismas:

¿Qué le pasa a esta gente, que parece tan triste y oprimida? [...] Yo creo que la mutilación genital juega un papel. La temprana sumisión a la fuerza que es el sello de la mutilación. La sensación de estar subyugada y totalmente dominada por aquellos que tienes que respetar por obligación. El resultado son mujeres con los ojos abatidos y espaldas y cuellos rígidos (por supuesto sus padres y hermanos y maridos las maltratan). Y hombres que miran al cuerpo de una mujer como si fuera una comida. (*Warrior*, 69)

Y dentro del tema de estas sociedades absolutamente patriarcales está la perspectiva con que algunos hombres ven el acto sexual. Según Parmar, «Las mujeres mutiladas se convierten en meros vehículos para el placer sexual masculino y pierden la habilidad de controlar su propia sexualidad (*Warrior*, 227)». Cuando las autoras le preguntan a la doctora Henriette Kouyatré, una ginecóloga en Senegal y activista contra la mutilación femenina, por qué continúa a pesar de los intentos de abolirlo, responde así:

[...] el verdadero problema es la necesidad de controlar la sexualidad de las mujeres, de controlar sus deseos, de intentar mantenerlas como niñas, como alguien sin su propia responsabilidad, que no puede ser un ser humano por derecho propio. (*Warrior*, 299)

Según la opinión de los tradicionalistas más incondicionales (y menos iluminados), la infibulación⁵ asegura tanto la virginidad como además la fidelidad de la mujer, ya que se supone que la vagina queda adaptada a la medida del pene del esposo. Pero la penetración en el caso de este tipo de mutilación es forzosamente una batalla. Awa Thiama, una feminista de Senegal, lo describe gráficamente:

[...] el hombre siempre ha querido controlar a la mujer, controlar su cuerpo y además su mente. Cuando le cortas los genitales a una mujer, cuando los coses, cuando los abres para tener relaciones sexuales, cuando los vuelves a coser cuando el marido está ausente, cuando los vuelves a abrir para permitir que le penetre el marido, no hace falta una explicación –todo está claro. Controlas a la mujer como controlas cualquier objeto, cualquier posesión o propiedad. (*Warrior*, 288)

Pero Walker es en todo momento respetuosa con las mujeres sometidas a este horrible rito, y en ningún momento permite que la discusión de este some-

⁵ Mutilación que consiste en extirpar no sólo el clítoris, sino además, vaciar y coser los labios menores y mayores, dejando una apertura mínima, con todas las complicaciones consecuentes.

timiento al dominio del hombre se limite a África y a otros lugares donde se practica la mutilación. Tashi, que en el proceso de su curación psicológica ve los Estados Unidos como una especie de puerto seguro, queda destrozada al conocer a una americana del sur a quién se le extirpó el clítoris porque se masturbaba de niña. Al apuntar éste como un caso que aunque infrecuente no es desconocido, Walker nos hace entender que no podemos considerar la mutilación genital femenina como una cuestión de otras culturas. Pero además, con otras asociaciones hechas en las obras, comprendemos que no es más que un extremo de una línea continua, que incluye la mutilación de los pies de las niñas en sociedades orientales, y la utilización de anillas en el cuello de las mujeres de algunas culturas africanas. Esta línea se traza porque, según Walker, es «esencialmente una cuestión de evitar que la mujer se escape [...] una forma de esclavizarla» (*Warrior*, 276). Pero reflexionando un poco por nuestra parte, podemos ver que esta tradición continúa en nuestra sociedad, guardando una estrecha relación con los tintes de pelo, la cirugía plástica, los implantes de pechos, la liposucción y otras prácticas (o torturas) relacionadas con el eterno canon de belleza femenina. Walker lo expresa así:

[...] Se podría fácilmente pensar que esto [la mutilación genital] es un asalto aislado a las mujeres. Pero como sabemos por nuestras pantallas de televisión, el asalto a las mujeres es mundial; no está aislado. Varía sólo en el grado.

Si vives en una cultura como la nuestra, que ahora quiere mujeres muy delgadas, muy blancas, muy rubias, con pechos muy grandes, muchas mujeres se ponen implantes en las mamas, tienen la piel blanqueada, tienen el pelo aclarado. Intentan ser la mujer ideal para algún hombre no especificado pero muy poderoso. Así que realmente se trata de formar la mujer según la imagen que los hombres creen que quieren. Y cada país del mundo hace esto con afán. (*Warrior*, 276)

También en *Warrior* se identifican otros paralelos entre las mujeres de las sociedades donde se practica la mutilación genital femenina y las demás mujeres del mundo. Sin lugar a duda, la extirpación del clítoris es un sacrificio infinitamente mayor y más doloroso que aquellas prácticas a las que se someten libremente las mujeres occidentales. Pero la semejanza se encuentra si pensamos que es una mutilación hecha para agradar al hombre y transmitida por la tradición; pensemos en la eliminación del vello o la perforación de las orejas de las niñas en nuestra sociedad, u otros ejemplos que seguramente se le ocurrirán a cada lector/a. Pero Walker y las mujeres que intervienen en el rodaje del documental trascienden este análisis y extienden las semejanzas entre la mutilación genital femenina y otras facetas de la mujer occidental. Algunas observan los problemas de las mujeres de nuestras sociedades y perciben sus propias experiencias como un extremo de la cadena de dominación. Awa Thiama declara en una entrevista con Walker que hay que buscar un poder:

[...] cualquier poder que lleve a un cambio radical en la situación de la mujer, no sólo la circuncisión femenina y la infibulación, pero también la opresión de las mujeres en todas sus formas: la poligamia; la discriminación en el trabajo; la división sexual del trabajo; las mujeres maltratadas; todas las formas de violencia sexual; el abuso sexual. ¡Necesitaríamos mucho tiempo para eliminar todas las formas de patriarcado! (*Warrior*, 286)

Otra mujer activa en la *Comisión para la Abolición de la Mutilación Sexual en Senegal* define la mutilación sexual en parámetros que se extienden a las mujeres de todo el mundo. Según Khady la mutilación sexual existe a dos niveles:

Creo que hay en primer lugar mutilación física y luego mutilación psicológica. A nivel psicológico, quiero decir mujeres maltratadas, oprimidas en sus hogares, mujeres que reciben un trato incorrecto en el trabajo. Y la mutilación física es la circuncisión de niñas jóvenes. (*Warrior*, 272)

Como se observa arriba, Walker es muy consciente de esta cadena de violencia que oprime a las mujeres de manera distinta por todo el mundo, con manifestaciones diferentes según tradiciones y culturas. Sin embargo, alza su voz contra esta forma particular por razones intrínsecas y personales. Pero teme que la condena de la mutilación genital femenina pueda liberar fantasmas de racismo y supremacía cultural entre ciertos sectores de sociedades occidentales, y en una entrevista hecha por Parmar para un documental, comenta:

Parmar: He notado que una reacción común entre mujeres es el terror y la conmoción y luego una sensación de no poder hacer nada. ¿Qué les dirías a las mujeres que quieren hacer algo al respecto [la mutilación genital femenina] pero se sienten paralizadas por el temor y la conmoción de lo que esto supone?

Walker: He observado que también se desmayan [...] Esto de lo que hablamos es una cosa muy grave que se hace al cuerpo humano. Y esté donde esté el cuerpo humano, somos todos un mismo cuerpo, y es por eso que las mujeres se desmayan [...] Así que, al principio, tómate el tiempo necesario. [...] Y luego mira a tu alrededor, y busca un lugar donde puedas ser útil. Hay organizaciones como FORWARD International en Londres que siempre necesitan dinero y ayuda. Pero sobre todo, sé consciente e intenta no ver esto como una brutalidad aislada que les ocurre a mujeres en otros países, sino que observa que también ocurre en este país, de forma distinta. (*Warrior*, 272)

A la vez que Walker recela para no limitar su condena a los países en desarrollo, explora las dificultades intrínsecas en los aspectos tradicionales de la mutilación. En la novela, la mutilación de Tashi tiene motivos de identidad cultural. Como «mujerista» que ha luchado sus propias batallas, como mujer negra en los Estados Unidos, Walker comprende y comparte la inmensa importancia de la propia identidad cultural y feminista de estas mujeres, y la lucha de Wal-

ker por encontrar y adoptar una postura ante estas consideraciones es evidente en ambas obras. Pero eventualmente, aunque ella respeta y apoya a las mujeres africanas de manera incondicional, condena la práctica. Es en todo momento muy consciente de lo que se expresa mejor en palabras de Pratibha:

Muchas mujeres africanas reaccionaron con ira cuando las feministas occidentales plantearon el tema de la mutilación genital femenina. «Dejad de meteros en nuestras bragas» fue su respuesta, nacida del resentimiento por el tono colonial del feminismo occidental. [...] El miedo de ser etiquetadas como imperialistas coloniales o racistas ha hecho que muchas mujeres no se atrevan a decir ni hacer nada referente a la mutilación genital femenina. Exceptuando las obras y las voces de un puñado de feministas blancas en la última década, ha habido un silencio ensordecedor, una negativa a ocuparse crítica o activamente de este área tabú de preocupación femenina. (*Warrior*, 93-94)

Aunque Walker muestra reiteradamente su preocupación por esta postura delicada en ambos libros, ella apuesta obviamente por la intervención, o en su caso, la literatura comprometida. Se palpa su evidente inquietud, pero concluye el debate interno expresado en sus obras con la decisión de que, a pesar de todo, «la tortura no es cultura», frase que se convierte en una especie de grito de guerra. Encuentra la fuerza para lanzar esta afirmación cuando enfoca el asunto desde la perspectiva de la niña. En *Possessing*, el suegro de Tashi pregunta, «¿Cuál es la pregunta fundamental que le debemos hacer al mundo? [...] la respuesta siempre es la misma: **¿Por qué llora un niño?**» (161), y de nuevo en sus palabras, «No podría haber una comunidad feliz donde hubiera un sólo niño infeliz». Walker lo describe así:

[...] es simplemente inaceptable que la gente torture a las niñas de manera sistemática, quebrando su confianza, y haciendo que pasen sus vidas enteras con vergüenza y dolor. Si el asalto sobre el cuerpo de una niña indefensa no te hace enfurecer, ¿qué otra cosa puede hacerlo? (*Warrior*, 269)

Como tal, un tema de abuso de niñas, es una costumbre que mutila tanto físicamente (en el dolor del momento y complicaciones posteriores) como psíquicamente (en la pérdida de la capacidad del orgasmo), pero además, psicológicamente a un nivel más profundo, ya que destruye la confianza que la niña tiene depositada en su madre. Es casi siempre la madre la que promete a la niña dulces o ropas especiales, engañándole así para someterla a la mutilación. Y dentro de la extensa gama de crueldades asociadas al rito, éste es uno de los aspectos más crueles. En palabras de Walker:

Los niños depositan todo su amor y confianza en sus madres. Cuando piensas en la profundidad de la traición de esa confianza, ésta es una herida emocional que nunca sanará. (*Warrior*, 274)

La autora incluso considera esta traición como un posible motivo de la profunda desconfianza que ella observa en muchas sociedades africanas. No sería extraño pensar que las niñas nunca olvidarán tan doloroso y espantoso engaño, y que les cueste volver a confiar en alguien.

Creo que ésta es una razón por la que, en muchas de las culturas de las que hablamos, hay tanta desconfianza, tanta discordia, y tanto silencio. Hay todo este dolor callado, este sufrimiento callado, del cual nadie se ocupa en realidad, nadie ventila, y tiene que salir por algún sitio, siempre sale. (*Warrior*, 274)

La profundidad del engaño sólo aumenta la injusticia que se siente cuando Walker nos recuerda que esto es una tortura que las mujeres hacen a otras mujeres. Aunque está pensado para agradar a los hombres, son principalmente las madres y las abuelas de las niñas quienes ejecutan y continúan la mutilación.⁶ Walker y Parmar entrevistaron a numerosas mujeres africanas durante el rodaje del documental, y aunque hay un creciente rechazo a la práctica entre mujeres y jóvenes urbanas educadas, la mayoría de las mujeres rurales negaban recordar su propio dolor, e insistían que harían que sus hijas pasaran por el cuchillo. Las razones son muy diversas e igualmente complejas: unas consideran el rito de la iniciación como una exigencia religiosa, aunque no lo es, y en los países musulmanes más rigurosos apenas se practica; otras ven la circuncisión como un requisito para el matrimonio, y en países donde la mayoría de las mujeres carecen de alternativas económicas, las madres continúan la práctica de la mutilación para asegurarles un futuro a sus hijas; algunas mujeres han sido educadas de manera que están convencidas que la mutilación genital femenina es una medida de higiene necesaria, y rechazan a las mujeres no mutiladas como sucias. Pero es evidente que la verdadera razón, la más poderosa, es la tradición, la cultura de cada sociedad.

Walker tiene razones personales para su fuerte empatía con la agonía de esta tortura. Cuando era niña, un disparo accidental le cegó un ojo, y comprende el dolor inolvidable, y la vergüenza e incompreensión que sentía cuando su madre intentaba olvidar e ignorar el incidente, como también se hace en África. Pero como las mujeres mutiladas, ella aprendió a sobreponerse al sufrimiento, y considera su herida, como las de aquellas mujeres, como marcas de guerreras que son testimonio de su fuerza y capacidad de sobrevivir. Esta comparación se plasma en el título y subtítulo de la obra *Warrior Marks: Female Genital Mutilation and the Sexual Blinding of Women*.

Evidentemente la mutilación genital femenina nos choca y nos entristece

6 En la mayoría de los casos, son las matronas del pueblo quienes ostentan el «honor» de mantener la tradición efectuando la mutilación. Este rito con frecuencia se hace a varias niñas a la vez, y la edad de las niñas varía, desde unos pocos meses hasta después de la pubertad.

principalmente porque les roba a las mujeres su capacidad de gozar sexualmente. Pero hay muchos otros peligros y problemas que resultan de ello, especialmente cuando se asocia a la infibulación: la menstruación se alarga, se hace difícil la micción, y como consecuencia, se presentan frecuentes infecciones, a menudo crónicas y que en ocasiones causan esterilidad. Hay dificultades en las relaciones sexuales y los partos, y debido a las condiciones antihigiénicas en que se practica, son frecuentes los contagios de SIDA. Pero a pesar de estas numerosas complicaciones, Walker se alegra de saber que muchas mujeres pueden sentir placer, y «no ser víctimas, e incluso van más allá de ser meramente supervivientes, y llegan a florecer como seres humanos» (*Warrior*, 251-2). Su optimismo se refleja en sus obras, a pesar del terrible tema que tratan. La novela *Possessing the Secret of Joy* lamenta la pérdida de la posibilidad del orgasmo incluso en el título, pero no obstante, la anciana que mutiló a Tashi le dice que la fuente del placer está en el cerebro. En el momento en que Tashi es ejecutada por asesinar a esta anciana, que le había robado su placer, identidad y el secreto de la alegría, su familia y las mujeres africanas que la acompañan le muestran un estandarte con las palabras ¡LA RESISTENCIA ES EL SECRETO DE LA ALEGRÍA! (*Possessing*, 279). Walker no menosprecia a estas mujeres como víctimas de sociedades bárbaras, sino que las admira por su enorme capacidad de resistir, de adaptarse, de disfrutar de la vida a pesar de sus heridas. Pero al mismo tiempo, se lanza enérgicamente en su defensa. Ella cree en el poder de la palabra, y que «el cambio sigue una toma de conciencia» (*Speak Up*). Ante la complejidad del tema, y todos los tabúes, rechazos, protestas y miedos, ella decide atreverse a defender a la niña que espera una intervención, una ayuda. El compromiso de denunciar públicamente la mutilación genital femenina se resume en sus palabras:

Escribí mi novela como un deber a mi conciencia como una mujer afro-amerindia educada. Escribir un libro como éste, de una mujer como Tashi, sobre un tema como la mutilación genital femenina, es, de hecho, en mi opinión, la razón de mi educación. Escribirlo afectó cada nervio de mi cuerpo, como decimos en la cultura afroamericana de aquellas áreas de lucha que exigen de nosotros cada gramo de energía creativa y nos dejan sin rastro de ilusión. Sólo sé una cosa del «éxito» de mi esfuerzo. Creo con todo mi corazón que hay por lo menos una niña nacida en algún lugar del planeta hoy que no conocerá el dolor de la mutilación genital gracias a mi obra. Y que por lo menos en este único caso, la pluma habrá sido más poderosa que el cuchillo de quien hace la circuncisión. Su pequeña cara querida será la luz que me ilumine. (*Warrior*, 25)

Y con esta convicción, Walker rechaza la postura cómoda, el silencio, la distancia, el miedo a intervenir, o a ser tachada de imperialista cultural.

Es mi deber como testigo de mí misma, y a los antepasados, enfrentarme con esto y ocuparme de ello debidamente. Eso es lo que me

preocupa. No tanto lo que los demás dicen que debería decir o hacer, sino lo que es nuestra responsabilidad. ¿Tenemos la responsabilidad de acabar con la tortura de las niñas que decimos que queremos, o no? Quiero decir, ¿queremos a las niñas africanas? ¿O somos como la comadrona que dijo que mientras le está cortando a la niña, y ésta chilla, ella no le oye? ¿Debemos estar sordos a esos aullidos? (*Warrior*, 350)

Walker lucha para que nosotros oigamos estos gritos. Lo hace con todos los medios a su alcance: de modo literario en su novela inolvidable, en soporte visual y oral en el documental, y de forma literal y didáctica en el libro junto con Parmar. En este libro publica varios poemas, de manera que también apela a nuestros sentimientos y sentido del deber de forma lírica. Cito unos extractos de uno titulado «Poem for Pratibha on her 38th Birthday», escrito en Gambia, África Occidental, el 11 de febrero, 1993:

Todo y
todos
a la niña
de África
parecen
estar
contra ella. (55)

Mientras
trabajamos
juntas
empezamos
a reconstruir
los
antiguos
cimientos
destrozados
de
la
familia
universal
de las mujeres. (59)

Ahora es
el momento
para que
las guerreras
del amor
vengan
a
su
rescate. (60)

La verdadera
energía
de la tierra
y la de
toda vida
es el amor. (Warrior, 61)

Nota personal

Tenemos una obligación moral hacia las niñas de África, y pienso que en cada «guerrera por amor» debemos utilizar las armas a nuestro alcance para ayudarlas. En mi caso, la necesidad de escribir este artículo ha sido casi una obsesión. En la primavera de 1994, me desperté al oír un sonido que jamás olvidaré: «aullidos de dolor y terror», «chillidos inhumanos que rasgaban el aire y me congelaron el corazón» (*Possessing*, 73). En la televisión pasaban un documental sobre «la circuncisión», y habían filmado el rito de la mutilación de una niña. Las imágenes y los gritos de la niña me atormentaron durante una semana. Entonces llegaron las novelas de Walker por correo, y después de leerlas, mi horror se multiplicó. Durante meses, sentía náuseas y dolor cuando me acordaba, y mentalmente luchaba para entender un mundo que podía permitir que esto siga sucediendo. Comparados con éste, todos los temas feministas que antes me habían preocupado parecían carecer de importancia.

Creo que puedo entender, por lo menos en parte, el dolor que le produjo a Alice Walker escribir sus dos obras. Pero la necesidad imperiosa de denunciar estas prácticas no permiten el silencio, y supongo que ella encontró los mismos rechazos, negativas y barreras psicológicas que yo encontré entre amigos y compañeros. Ella arriesgó mucho al escribir estas obras polémicas, y fue duramente atacada por algunos escritores y críticos, y sobre todo por el imperialismo cultural, a pesar de la sobrada evidencia de justificación para su postura en las obras, reflejadas en este artículo. Ella cree firmemente en la solidaridad, y como muchas mujeres de minorías étnicas, lucha por cambiar un mundo en el que, en palabras de Tracy Chapman, «la paz es la guerra, el amor es el odio, el “no” es el “sí”, y la mujer todavía no está a salvo, ni siquiera en su propio hogar».⁷ Su valentía, compromiso y amor deben servirnos de inspiración, y sus obras la convierten, en mi opinión, en un ejemplo admirable de escritores de literatura comprometida de nuestros días.

Por mi parte, arriesgo poco con este artículo. Sólo espero que algún lector/a se sienta con fuerzas de intervenir activamente en esta lucha. Las siguientes direcciones pueden servirles como fuentes de información adicional, y muchas de estas organizaciones necesitan ayuda económica y/o humanas. Pero ante todo,

7 Chapman, Tracy: *Tracy Chapman*, Elektra Records, 960774-4, (P) (C) 1988.

debemos de asumir y poner en práctica al menos una de las medidas elaboradas por las Naciones Unidas que «todas las mujeres conscientes del problema deben reaccionar contra las prácticas tradicionales que afectan la salud de mujeres y niños y deben de movilizar a otras mujeres» (*Plan of Action for the Elimination of Harmful Traditional Practices ...* 22 July, 1994, p. 9). Creo que si al ver la inocencia en los ojos de nuestras hijas e hermanas mayores, los imaginamos llenos del terror, incomprensión, dolor y vergüenza que sufren esas niñas de África, nos será imposible ignorarlo.

GRUPOS DE CONTACTO

Association of Nigerian Nurses and Nurse Midwives
66 Oduduwa Way
Gra Ikeja, P. O. Box 3857
Ikeja, Lagos. NIGERIA

Babikir Badri Association for Research on Women
Ahfad University for Women
P.O. Box 167
Omdurman. SUDÁN

BAFROW (Foundation for Research on Women's Health, Productivity, and Development)
147 Tafsir Demba M'Bye Road
Tobacco Road Estate
P.O. Box S.K. 2854
Kanifing. GAMBIA

CAMS (Commission Internationale pour l'Abolition des Mutilations Sexuelles)
B.P. 811
Dakar. SENEGAL
Canadian Centre for Victims of Torture
40 Westmoreland Avenue
Toronto, Ontario MGH 227. CANADÁ

FORWARD International
(Foundation for Women's Health, Research and Development)
Africa Centre
38 King Street
London WC2E 8JT. REINO UNIDO

GAMS (Groupe Femme pour l'Abolition des Mutilations Sexuelles)

8 Cite Prost

75011 París FRANCIA

IAC (Inter-African Committee on Traditional Practices

Affecting the Health of Women and Children)

147 Rue de Lausanne

CH-1202, Geneva. SUIZA

PAI (Population Action International)

1120 19th Street, NW

Suite 550

Washington, D.C. 20036. U.S.A:

Women's Health in Women's Hands

344 Dupont Street

Suite 106

Toronto, Ontario MSR 1V9. CANADÁ

WIN News (Women's International Network)

187 Grant Street

Lexington, MA 02173. U.S.A.